

Reportaje

Aspecto social de la pubertad. Las relaciones del adolescente Sergio Rodrigo Nuño Nuño

Un cuento común

Una vez más suena el despertador. El agudo sonido cala en los oídos de Roxana, que al abrir los ojos arenosos de sueño, se da cuenta de que sigue en la misma casa. La misma que a penas la noche anterior había sido el escenario de un fuerte conflicto entre sus padres. La casa en la que sus alegrías infantiles, se iban diluyendo sobre los muros desmoronados, con la erosión de los reproches.

Al ponerse en pié, se mira al espejo, y su rostro rosado por la frescura de la juventud, le parece inaceptable por las huellas del acné. Pero sabe que en unos minutos más, al llegar a la secundaria, verá a Gabriel, el amigo que se ha convertido en objeto de su mirada y de sus sueños. Por eso, planea enjuagarse la cara y ponerse una loción que días antes compró ante la promesa comercial de que limpiaría su faz.

Los minutos pasan. El reloj marca las 6:30 de la mañana, y la primera lágrima surge de los claros ojos de Roxana. Es una lágrima de impotencia, de coraje. Quien lo viera de lejos diría que el motivo del llanto es absurdo. Sin embargo, en la cabeza de la ilusionada adolescente no puede explicarse que falte el jabón en su casa, y mucho menos que en la riña nocturna de sus padres, haya sucumbido el frasco de loción. Si es pobreza, descuido o negligencia, da lo mismo para ella. Roxana sólo lamenta que si sus padres llevaran una relación de amor, no estaría viviendo este pequeño y grande drama.

Ahora no sabe qué es peor: quedarse en casa o ir a la escuela a sentirse señalada. Por fin, decide ir al plantel escolar. Y aunque aquella carita de porcelana estaba limpia, en la mente de Roxana se había albergado la inseguridad. Era un sentimiento nuevo, que mientras estuvo en la primaria jamás sintió. Hela ahí. La alegre y entusiasta "Roxy", como era conocida en la escuela ahora estaba desvanecida entre sus conflictos personales y su vergüenza. El maestro de química la sacó del salón, porque sintió que la agresividad de Roxana al contestar su pregunta, se debía a algo personal. Pero no se daba cuenta que en el fondo, la jovencita sólo se estaba protegiendo de las miradas de los demás.

*¡Ah, Roxana, tu casa te espera! ¿Quién te entenderá?
Adolescencia, tiempo hermoso; tiempo de confrontación.*

Etapa crucial

La adolescencia, en general, es la principal encrucijada de la vida. Las decisiones que se toman en la adolescencia repercuten en el estilo de vida de la edad adulta. Y es que la etapa de la pubertad es el tiempo en que el ser humano forja su carácter y fija los principales objetivos de la vida. Es cuando los muchachos pueden desarrollar enormemente su creatividad y cuando se comprometen de corazón en cualquier

actividad. Es cuando los deseos de hacer el bien y la justicia se sienten con mayor ímpetu y cuando no se miden los esfuerzos para obtener lo que se busca. A la par, puede convertirse en una fase de crisis personal y social para el individuo.

Volvamos ahora la mirada al campo social del adolescente con el fin de analizar lo que sucede cuando comienza a traspasar las fronteras de la familia para insertarse en los grupos de amigos, de escuela, o incluso de instituciones sociales. Las relaciones interpersonales son un factor decisivo en la configuración de la personalidad del adolescente. Es un mundo nuevo que el muchacho comienza a explorar y para afianzarse en un clima propicio para su crecimiento.

El contexto del joven

Para comprender el entorno social del adolescente, tendríamos que darnos una idea general del contexto que vive la juventud mexicana y latinoamericana, dado que un adolescente es como un niño que está aprendiendo a ser joven.

El panorama que les está tocando vivir a los jóvenes de hoy no resulta fácil de por sí. Se estima que en México, la mitad de la población juvenil (entre 12 y 19 años) vive en condiciones de pobreza, y tan sólo un 20% trabaja. Y mientras a penas el 14.5% de jóvenes estudian y trabajan, el 18.2% de los jóvenes mexicanos no estudia ni trabaja. Si se observa a nivel latinoamericano, es aún más desolador el panorama, dado que cerca del 30% de los jóvenes viven en pobreza extrema y un 46% del total de la población juvenil no estudia ni trabaja. Todo lo cual redundará en situaciones de vandalismo, delincuencia, inseguridad y crisis social en general.

Agreguemos a esto la ferocidad con que los medios de comunicación buscan al público juvenil para hacerlo blanco de la publicidad de empresas neoliberales cuyo único interés es vender sus productos, sin importar la conveniencia de los recursos que utilizan.

Es, pues, un clima de por sí hostil, que ha obligado incluso a prolongar la estancia de los hijos en casa paterna hasta los 33 años en promedio. Por eso, los jefes de familia, lejos de mostrarse desalentados o indiferentes ante esta realidad, han de ofrecer comprensión y ayuda a su hijo o hija adolescente.

El secreto está en la aprobación

La clave para entender el aspecto social del adolescente es el deseo de aprobación. Se trata de un impulso interior que reclama al apoyo incondicional de las personas que rodean al muchacho, ante las acciones que decide hacer. Es decir, detrás de las palabras y actitudes del adolescente siempre hay una consigna: sentir que la otra persona le celebra lo que hace, lo apoya o, al menos, no le reprende.

Al llegar a la adolescencia, la persona busca hacer de su ámbito social un campo de entrenamiento para todas las capacidades que está descubriendo. Algunas veces, el adolescente gusta de contradecir las normas y los mandatos de la autoridad, y pudiera parecer que se trata de una rebeldía mal encausada. Sin embargo, la mayor parte de las veces el muchacho está aprendiendo a usar su capacidad de decisión; se está dando

cuenta de que tiene una voluntad con la cual puede dar un rumbo distinto a las cosas. Y más allá de lo que niega, está su deseo de sentirse autónomo.

Las manifestaciones clásicas de la rebeldía, que asustan a los padres de familia, se centran en la manera de vestir del joven y en general en su aspecto exterior. Sin embargo, el tatuaje, la perforación, la forma de vestir, etc., son sólo maneras en la que el adolescente quiere llamar la atención de sus allegados y poner en prueba su capacidad de diálogo y aprobación.

Es probable que se catalogue al adolescente de tomar malas decisiones, de no saber lo que quiere o de rebelarse contra la autoridad. Pero, si se logra adquirir esta visión, se podrá comprender, que como en cualquier otra práctica, puede haber errores, y así, no condenárselos.

Cómo se relaciona el adolescente

En la mente del jovencito, las relaciones humanas se jerarquizan en tres grupos principalmente: El grupo de pares, la familia y las instituciones.

1. El grupo de pares es aquel grupo de amigos, o personas que están en igualdad de circunstancias, con quien se puede compartir una vivencia similar. El adolescente encuentra, en él, un ambiente de igualdad, de ausencia de reglas, por eso con frecuencia le da más importancia y valor a este grupo, lo que significa por tanto un cierto alejamiento de la familia. El grupo de pares es considerado por los investigadores sociales, como el grupo que marca la pauta para toda la vida social de la persona.

Los padres de familia pueden encontrar en los amigos de sus hijos una gran oportunidad para su formación, siempre y cuando se sepan acercar a ellos. Si en el grupo de amigos se fomenta un clima de respeto, de sana diversión, de creatividad y fraternidad, ayudará a la persona de una manera inimaginable en el desarrollo propio y en las relaciones interpersonales. Por el contrario, si se promueve el vandalismo, los vicios, deshonestidad y demás, provocará en la mayoría de los casos conductas delictivas y otros problemas sociales serios en el individuo.

2. La familia. Este grupo es quien resiente el despego y cuestionamiento del adolescente, ya que en su proceso de socialización, la familia constituye su plataforma de lanzamiento. Es un apoyo insustituible que aunque el muchacho no lo reconozca, no se le debe negar. No siempre el alejamiento de la familia significa conflicto de por sí. Simplemente se trata de explorar el mundo

Contra todo lo que se piensa, el adolescente se caracteriza por un deseo potente de ser reconocido como un buen hijo. Pregunta, observa en otras personas cómo debe ser un hijo con sus padres, y realmente le llama la atención quedar bien con sus progenitores. El problema es que el joven no siempre sabe manifestarlo de la mejor manera.

3. Instituciones. Al ser parte de un grupo de escuela, de un equipo deportivo o una asociación de beneficencia, el adolescente va cobrando conciencia de su papel en la transformación en la sociedad. Con ello, puede sentirse aceptado, insustituible y útil.

Las instituciones ayudan a descubrir los talentos del adolescente y a desarrollarlos en su mejor etapa. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a un sistema educativo obsoleto y lastimoso a nivel de secundaria, se complica la verdadera inserción en el ámbito institucional, aún más cuando las tecnologías de información rebasan las posibilidades de los educadores y acaparan la atención de los adolescentes.

Música como factor socializador

Un fenómeno curioso de la adolescencia es el apego a la música. Los diferentes géneros musicales se llegan a convertir para algunos adolescentes en un refugio ante los problemas. Para otros, se convierten en una manera de pasar un rato agradable. En algunos adolescentes, la música explica o da salida a sus problemas; y en algunos otros, es una forma de expresión.

Lo cierto es que para todos, la música escuchada, tocada o incluso vista, llega a ser una aliada de la edad. Sin duda que esto es materia de investigación sociocultural, porque, curiosamente, es también en la adolescencia cuando surge una inclinación en el gusto musical y de alguna manera, influye en el tipo de grupos a los que se acerque al socializar, el estilo de vestimenta que utiliza, y en los casos del rock, por ejemplo, la mentalidad que abandera.

Los educadores de la adolescencia pueden encontrar un verdadero tema de diálogo en esto junto con una buena excusa para dialogar.

Compromiso

Es cierto que la ruptura cultural entre las nuevas y las viejas generaciones puede constituir un obstáculo para el diálogo, pero jamás ha de ponerse como pretexto para deslindarse de la responsabilidad que se tiene de la formación de la juventud en esta incipiente etapa, que parece insignificante, pero que es, al contrario, la etapa decisiva en la vida.